

valeroso, aunque sentido llamamiento á todos los que se le conservarían fieles, y como nunca acudieron en vano los monarcas españoles á la lealtad de sus súbditos, bien pronto pudo la reina, acompañada del Obispo Gelmirez, salir á campaña, al frente de poderoso ejército.

Después de la rota de Villadangos, habianse refugiado los vencidos gallegos á la cercana Astorga, y en ella sufrían apretado cerco de los aragoneses, cuando las tropas de la Reina dirigiéronse sobre ellos, decididos á hacerles levantar el asedio.

Habia roto de nuevo durante este tiempo sus pactos con el *Batalador*, el rey de Portugal, y creyendo tal vez sacar mejor partido de manifestarse afecto á la Reina, vino á ofrecerle su espada y sus guerreros, que no vaciló en aceptar Doña Urraca, aunque aceptando sus servicios con muy prudente cautela.

Al tener noticia el aragonés de la proximidad del ejército de la Reina, temeroso de no poder resistirle, levantó el cerco de Astorga, y se retiró al castillo de Peñafiel en tierras de Valladolid. Continuando á la ofensiva las huestes de la Reina, siguiéronle hasta aquella fortaleza y le sitiaron en ella; y el éxito probablemente hubiera coronado los esfuerzos de los leales, á no ocurrir nuevos incidentes que hicieron variar por completo la marcha de los acontecimientos.

Habiase reunido en el campamento de Peñafiel con Doña Urraca además de D. Enrique de Portugal, su esposa Doña Teresa, hermana de la de Castilla; y como en aquel turbulento periodo en que apenas podían sostenerse las amistades de los hombres, habia de ser mucho más difícil, como lo es siempre, conservar buena armonía entre dos mugeres, ambiciosa la una y desgraciada la otra, bien pronto empezó á turbarse la paz de las hermanas, llegando á tomar sus rencillas el carácter de serios disgustos y excisiones. Con esto retiróse el portugués y quedó Urraca abandonada á sus propias fuerzas.

No por ello, sin embargo, desistió la Reina de sus proyectos belicosos; pero como á este tiempo hubiese llegado á la península un legado del Papa con el doble objeto de llevar á cabo la definitiva separación de Alfonso y Urraca, y de poner término á tantos males y

desavenencias, sus pacíficas gestiones dieron por resultado una nueva concordia en la cual se estableció hacer equitativa distribución de castillos y lugares entre el Rey y la Reina, pero bajo la base de que si el rey faltaba á lo pactado todos los nobles, magnates y guerreros defenderían á la reina, ó á su vez al rey, si aquella daba motivo al rompimiento.

El grave apuro en que tenia puesto al monarca de Aragon dentro del castillo de Peñafiel el ejército de su esposa, y el deseo de no oponerse abiertamente á las buenas gestiones de un legado pontificio, fueron causas bastantes para que el aragonés firmase la concordia; pero fiel siempre á la infidelidad que le distinguia para guardar sus tratos, rompió aquel pacífico acuerdo y acomodo, apoderándose por sorpresa de los castillos y lugares que en la capitulación habian tocado á la Reina, y llegando en su audacia hasta querer lanzarla de sus estados.

Como no podia menos de suceder tan desleal conducta escitó la indignación y el enojo de los castellanos; y atendiendo á que Alfonso habia sido el quebrantador del pacto, movieron sus mesnadas en son de guerra contra el aragonés, que vióse obligado á abandonar la tierra de Campos y á refugiarse en el castillo de Búrgos. Animosa Doña Urraca levantó nuevas huestes en Galicia, y acudiendo en persona al frente de ellas, unióse á los castellanos, cercó la fortaleza, y obligó á D. Alonso á rendirla y á retirarse á sus estados.

Como acontecia siempre que la fortuna le era adversa, intentó de nuevo desde Aragon unirse con la Reina, para lo cual despachó embajadores á Castilla que á nombre de su soberano hicieron solemne promesa de cumplir los pactos á que se le quisiera sugetar; pero tan audaz propuesta era inadmisibile. Apoyada la reina en la enérgica oposición del obispo de Santiago, tanto porque demasiado conocia la malicia del aragonés, cuanto porque era imposible reanudar un matrimonio declarado por el Pontífice incestuoso y nulo, rechazó las proposiciones de los embajadores, sin temer el enojo de algunos caballeros que, partidarios del de Aragon, miraron desde entonces

con encono al Obispo consejero. Doña Urraca en cambio agradecida á tantos favores hizo con el Prelado pacto de estrechísima alianza, obteniendo algunos meses mas tarde la solemne declaracion de la nulidad de un matrimonio en un concilio celebrado en Palencia bajo la presidencia del legado del Pontífice Pascual II, con lo cual quedó ya libre de importunas embajadas bajo el pretexto de aquel desdichado enlace.

Pero como dice acertadamente un historiador varias veces citado ¹ «muy lejos estuvieron de terminar por esto los disturbios, las calamidades, las intrigas, las miserias, las ambiciones, los atentados, las deslealtades, inconsecuencias, excesos, venganzas y desmanes de todo género á que estaba destinada la monarquía «castellano-leonesa en este malhadado período.» Ocupadas muchas plazas por guarniciones aragonesas; sembrando sin cesar la discordia por medio de mercedes el aragonés dentro de Castilla; desprestigiada sin cesar Doña Urraca por los indignos calumniadores de su honra; introducida la desunion por ocultos y desleales manejos entre la reina y el Obispo, estaba muy lejos el día en que una paz duradera y estable cicatrizase las heridas abiertas en la patria comun por sus mismos hijos.

Fuese verdadero concierto entre el conde de Trava y Gelmirez, ó historia inventada por los mismos áulicos de Doña Urraca para perder y desprestigiar de una vez al Prelado, llegaron noticias á la Reina de que el Obispo de Santiago en union del conde intentaban despojarla de su autoridad, ó formar un reino independiente con el territorio gallego y parte del castellano, para que en él gobernase el joven D. Alfonso.

Acostumbrada á vivir la Reina entre deslealtades y traiciones, no es extraño acogiese la nueva de tales proyectos; y animada del varonil espíritu y actividad de que dió durante su vida repetidas pruebas, volvió á Galicia resuelta á prender y castigar á su antiguo aliado. Mas

¹ Lafuente.

belicoso el Obispo de lo que á un carácter sagrado convenia, y temiendo el enojo de la Reina, decidióse á resistirla á mano armada; y débil en sus enojos la soberana de Castilla, vencida mas por los razonamientos que por la fuerza, pues no llegó el caso de que combatieran los guerreros de uno y otro bando, y anhelosa de la paz y tranquilidad que tanto habia menester su fatigado espíritu, aceptó de buen grado las explicaciones de Gelmirez, y creyendo calumnias todo cuanto de él le habian referido, juró no escuchar las inculpaciones que se dirigiesen al Obispo, terminando de esta amistosa manera aquel triste y nuevo episodio de su vida.

Pero ya fuese debilidad de carácter en Doña Urraca, ó que las instigaciones de los enemigos de Gelmirez la obligasen á ello, suponiendo nuevos y traidores manejos en el Prelado, ó que este las intentara en efecto, es lo cierto que la Reina trató de poner en prisiones á Gelmirez, con lo que el Obispo, ó indignado ó congratulándose de aquel pretexto que le permitia obrar libremente, se declaró en rebelion abierta á la sombra del inocente rey de Galicia, y uniéndose al conde de Trava se encaminó con el joven principe á Santiago.

No era la Reina muger de amilanada condicion ni de apocado espíritu. Apenas tuvo noticia de aquel nuevo desengaño, reunió cuantos caballeros pudo allegar de sus parciales, y marchó precipitadamente á Compostela decidida á castigar la rebelion del Obispo.

Firme el Prelado, sin embargo, en sus propósitos, preparóse resueltamente á la mas obstinada resistencia, y procurando intimidar el espíritu de los gallegos por medio de una declaracion de perjurio que fulminó contra todos los que le fuesen infieles, creyó poder rechazar las fuerzas que seguian á Doña Urraca. No tuvo en cuenta para ello los muchos enemigos que sus mismas prosperidades y emprendedor carácter le habian grangeado en la capital compostelana; y á punto estuvo por esta falta de prevision de perder la silla y quizá la existencia.

Poco devoto el pueblo de su Prelado, apenas tuvo noticia de hallarse cerca Doña Urraca, hizo salir de la ciudad al niño Rey, con

su tutora la condesa de Trava, abriendo á la Reina de Castilla las puertas de Santiago. No era en verdad esto lo que esperaba el Obispo; y mas temeroso que indignado de tal proceder, previendo cuales habian de ser sus precisas consecuencias, refugióse con su gente de armas en las torres de la iglesia, resuelto á vender cara su vida. Y acertado anduvo el obispo en tomar tal partido, pues los burgueses proclamándole rebelde y enemigo, y pidiendo tumultuariamente su deposicion, entraron á saco el palacio episcopal, mientras las tropas del conde de Trava en que depositaba parte de su confianza el Prelado pasábanse á las filas de la Reina.

En tan apurada situacion creyó Gelmirez lo mas prudente, conociendo el benévolo carácter de Doña Urraca, recurrir á su nunca agotada bondad; y la Reina que pudo entonces haber sacado gran partido de las favorables circunstancias en que se hallaba, hizo fáciles paces con el Prelado, y salió á perseguir los partidarios que aun quedaban rebeldes, fuera de la ciudad.

Inopinado incidente vino á complicar la situacion que tan favorable se presentaba para la legitima Reina de Leon y Castilla. Su misma hermana Teresa, viuda ya del ambicioso Enrique de Portugal, despues de haber entrado en aparente armonía con la Reina, y olvidados por Doña Urraca los disturbios del cerco de Peñafiel, insistiendo en las aspiraciones que formaron siempre el pensamiento fijo de D. Enrique, unióse secretamente con el Obispo Gelmirez y sus parciales. No considerándose ligada á ningun género de compromiso por el arreglo hecho entre la Reina y el Obispo compostelano, continuó al frente de sus tropas unidas á las del conde de Trava; y cuando Doña Urraca se disponia en Soberoso á proseguir su comenzada empresa, vióse cercada por las tropas de su misma hermana y del conde.

Creciendo la energia de su carácter á medida que mas grave era el conflicto, y fiada en el esfuerzo de sus castellanos, hizo una salida impetuosa contra los sitiadores; y con tal denuedo y arrojo combatieron sus guerreros, que desconcertados los rebeldes dejaron libre el paso á la Reina para volver á Compostela y mas tarde á Leon.

Apenas las destrozadas tropas de Portugal y de Galicia pudieron rehacerse de aquella derrota, y apenas Doña Urraca dejaba la ciudad del Apóstol, los soldados de la viuda de D. Enrique y del de Trava avanzaron hácia Santiago, dejando tambien señalado su camino con profunda huella de muerte y de saqueos. Afortunadamente amenazaron los sarracenos las fronteras de los estados portugueses y Doña Teresa tuvo que regresar á sus estados para acudir á defenderlos, no sin que llevase como gages de aquella campaña aumentados sus dominios por los distritos de Tuy y de Orense, donde ejerció durante mucho tiempo actos de señorío.

Con la retirada de la inquieta y ambiciosa hermana de Doña Urraca, quedaron muy desmembradas las fuerzas de los rebeldes; pero no tanto que dejaran de poner en conflicto al Obispo, el cual fué objeto de constantes vejaciones é insultos por parte de los compostelanos, que no perdonaban ocasion ni medio para darle segura muestra del encono que contra él tenian. Acogióse Gelmirez de nuevo á Doña Urraca, y esta noble Señora le recibió no solo con benevolencia, sino que, despues de regalarle para su iglesia la cabeza del Apóstol Santiago el Menor, que habia traído de Jerusalem el Obispo Mauricio de Braga, le confió el delicado encargo de arreglar completamente las paces, haciendo entrar en el camino del orden y de la legalidad á los nobles y partidarios del de Trava.

El éxito coronó las esperanzas de la Reina y del Obispo. Despues de laboriosas y bien dirigidas negociaciones y entrevistas, formalizóse un pacto de definitiva reconciliacion, firmando treinta nobles por cada parte, y estableciendo mútua fidelidad y apoyo durante tres años.

Con este acuerdo todo parecia terminado. La Reina llevada en alas de su maternal amor partió de nuevo para Galicia, deseosa de abrazar á su hijo, y despues de breves dias dados á la expansion y al cariño, volvió como fiel amiga y aliada del Obispo á Santiago con objeto de castigar á los revoltosos enemigos de Gelmirez. Al ver los compostelanos dentro de la ciudad á la Reina, y con la noticia que tuvieron de sus designios, alejaronse de nuevo, y tomando las armas corrieron á